

*Entrevista en Radio Murcia, Cadena SER, 9 de enero de 1981.
Programa, Sala de estar, por Juan Máiquez.*

Locutor.- Nunca podíamos imaginar que tendríamos el estudio como lo tenemos hoy, lleno, a rebosar, cuando hace poco comenzamos con esta nueva aventura de las "Tertulias literarias", hace un mes y medio. Hola, Victorino. Reemprendemos las actividades. Está con nosotros Miguel Espinosa, el autor de La tríbada falsaria, y con el que vamos a hablar inmediatamente a modo de tertulia. Y también está Javier Ballesta, de la revista "Azahara", que nos hemos enterado de que va a desaparecer. Victorino Polo,...

Victorino Polo.- Yo, simplemente, introducir un poco. Y esta tarde, permanecer solo de coanfitrión, nada más. Prefiero que hablen ellos, los protagonistas en este caso. Simplemente, decir dos cosas para empezar: una, lo que acabo de decir, de la tristeza que produce que desaparezca una revista; y la otra, el contrapeso, la alegría de estar aquí con Miguel: somos amigos de muchos años ya, y él sabe que le espera otra "actuación" intensa dentro de pocas semanas, a propósito de su novela; y congratularme de que exista, haya existido y se esté leyendo ya, y muy bien, tú lo sabes tan bien como yo, este evento, que, como diría algún castizo, o algún demasiado clásico, significa esta Tríbada falsaria, de la que, ¿recuerdas?, estuvimos hablando el día pasado, en aquel especie de balance de urgencia que hicimos a finales de año.

L.- Y se puede decir que, a partir de ese momento, nos propusimos localizar a Miguel.

V.P.- Sí, sí. Claro.

L.- Y, en fin, está a punto de presentar la novela en Madrid. Ya se hizo la presentación aquí, en Murcia, y cabría suponer que hay muchas esperanzas puestas en La tríbada falsaria, ¿no, Miguel?

Miguel Espinosa.- Yo creo que sí, que es un libro que se va a leer.

V.P.- Se está leyendo ya.

M.E.- Inesperadamente está teniendo más éxito del que yo esperaba. Y esto me perturba un poco, porque un libro de demasiado éxito, que tienda en pequeño a ser best seller, me perturba.

L.- Victorino, para hacer un comentario de texto, primero hay que leer la obra y luego analizar la forma, el fondo y después la conclusión a la que hemos llegado. Tú, que eres quien ha leído La tríbada falsaria, a bote pronto, haz el análisis de la obra.

V.P.- *Brevísimo, por todo lo que significa que esté él. Mis perdones ya a Miguel, pues ha sido una lectura más de fruición que de análisis. Diré dos cosas, en mi opinión: una, que en relación con Escuela de mandarines, esto no solo no desmerece ni disminuye el valor, sino todo lo contrario. Como ejercicio de lenguaje, de lenguaje poético, creativo, es algo increíble, como fue Escuela de mandarines. Y en segundo lugar, que, un poco contradiciendo lo que amistosamente dice Miguel, esto no es que se vaya a convertir en el clásico best seller de los novelistas americanos más o menos populares; pero sí merece la pena una obra tan bien escrita. E independientemente de la anécdota, tú hablabas antes del fondo y de la forma; aquí habría que insistir más en la unión de las dos cosas, como raíces que van a desembocar en una raíz última, final. Esta obra se está convirtiendo ya, a los niveles de gran literatura, en un auténtico best seller, entre comillas.*

Afortunadamente. No hay por qué limitarse, aunque te perturbe un poco. Una gran novela, un gran libro de poemas, por el hecho de ser excelente, no tiene que estar reducido a unas minorías, a las clásicas minorías de siempre, que, por otra parte, la están esperando continuamente. En este sentido, yo creo que es una novela de ámbito amplio, tan poco reducida a minorías ya iniciadas, que se está vendiendo mucho, y, sobre todo, se está leyendo bien, que eso es lo importante.

L.- *Tú, Miguel Espinosa, cuando hiciste La tríbada falsaria, ¿te imaginabas lo que podía venir después, o lo que todavía queda por venir?*

M.E.: (Silencio)

L.- *O sea, ¿se te había pasado alguna vez por la imaginación...?*

M.E.- No, de ninguna manera. Porque *La tríbada falsaria* no es un libro compuesto por un profesional. Es un libro emanado por un hombre que ha sufrido el pasmo que ahí se describe; y da la coincidencia o casualidad de que sabe escribir. Pero es que la concepción de *La tríbada falsaria* ha sido al revés de lo que suele suceder con el escritor profesional, que se sienta en su mesa de despacho, elige un tema, se hace exterior a él, y empieza a describirlo. Yo creo que el novelista actual, generalmente, es como un hombre cruel y un resentido, que, desde su bufete, mira el mundo y aprovecha los sucesos, la tristeza, las desgracias ajenas, para exponerlas. Pero él está muy tranquilo con su fanal. Y aquí es al contrario. Yo soy un hombre que ha sufrido este impacto, como cualquier otro podría sufrirlo, y ha coincidido en mí la facultad de escribirlo. Entonces, yo creo que la novela tiene ese valor, que no es la novela escrita por un perito, sino por un hombre. He notado que en ciertos ambientes causa angustia, y vómito. No en el sentido de que sea una novela pornográfica, porque no lo es, sino porque (me ha dicho alguien, porque yo, de mi novela, no quiero opinar, sino con voz ajena), en algún momento, presto una mirada de Dios a la gente. Y mucha gente se asusta de tener prestada esa mirada de Dios.

L.- *De vez en cuando, se pone el grito en el cielo cuando en realidad son cosas que están al orden del día...*

V.P.-Por otra parte, muy naturales. Si me permitís, yo quisiera decir a propósito de esto un par de palabras, retomando otra vez lo que acaba de apuntar Miguel. Y es algo en lo que insistimos mucho al principio, tú recordarás, Juan, en estos programas. No se trata del hombre de bufete o gabinete, que apuntaba bien Miguel, que ve el mundo desde fuera, no participa, y se limita a ser testigo o notario; todo lo contrario: él experimenta esa vivencia sangrante, porque, si no, poco va a conmover; después, la escribe. Si coincide felizmente, como es el caso, que se trata de un excelente escritor, pues miel sobre hojuelas. Pero, primero, la vivencia, la experiencia; después esa conversión en literatura, y así esto se hace más creíble, más asequible, con lo cual podíamos desembocar y justificarlo un poco en lo que él también apuntaba, esa especie de mirada prestada de Dios, esa significación teológica que a ti te he escuchado un montón de veces y que yo hoy, después de leerla, ratifico. Bienvenida sea. Si eso produce una angustia, una inquietud, por esas razones, bienvenidas sean, porque, repito, nos encontramos ante un gran libro, que previamente ha sido experimentado, vivido con su sufrimiento.

L.- *Miguel, cuando un escritor, un novelista, hace una obra, en este caso, La tríbada falsaria ¿qué tanto por ciento le deja a la imaginación?*

M.E.- Bueno, yo distingo entre fantasía e imaginación: fantasía sería hablar de hombres que miden tres metros...

L.- *Sí, hablemos de imaginación, mejor.*

M.E.- Imaginación es la combinación de los objetos que se dan en la realidad, y aquí todo es imaginación. Sin embargo, todo es real porque, así como se ha definido, me parece que Vernon, la inteligencia como la capacidad de componer y descomponer dentro de un todo, la imaginación sería también la capacidad de componer y descomponer sucesos y realidades dentro de un todo. *La tríbada falsaria* es absolutamente real. Todos los diálogos que hay, todas las expresiones puestas en boca de los personajes principales, son absolutamente reales. Yo solo las he transformado en literarias. Porque si el lenguaje se coge, como si dijéramos, en cinta magnetofónica, se hace sainete. Entonces, hay que hacerlo literatura. Un fontanero no puede hablar en un libro como hablan los fontaneros. Hay que hacerle hablar literariamente, pero que diga lo que en verdad dicen los fontaneros, aunque no en lenguaje de fontanero, para evitar el sainete. Con *La tríbada falsaria* me ha ocurrido una cosa curiosa, y que quiero contar, y es que hace apenas un mes que está publicada, y ya me han llamado por teléfono quince mujeres, creyéndose que ellas son Damiana, el personaje de *La Tríbada*. Y paradójicamente, de las quince, doce estaban muy contentas de serlo.

L.- Es curioso. Una última pregunta, por mi parte, a Miguel Espinosa. Cuando la obra está en la calle, ¿tú sigues trabajando o estás a la expectativa de qué es lo que puede ocurrir con *La tríbada falsaria*?

M.E.- Sí. Cuando la obra está en la calle, el escritor cesa de ser escritor. Está en una especie de alienación, de enajenación.

L.- Lo dices como si no te gustase...

M.E.- Es muy molesto, porque el escritor (quiero decírselo a Victorino, a ver si lo acepta) es un creador escondido, un pequeño *deus absconditus*; en cuanto sale su libro, se desesconde y, entonces, él no quiere ser eso.

L.- *Eso tiene un nombre...*

V.P.- Por supuesto. Claro que te lo acepto plenamente. Es que además debe ser así, entiendo yo, porque si ahora recordamos los dos ejemplos clásicos, el Arcipreste, por un lado, y el Infante don Juan Manuel, por otro, pienso que ahí tú encajarías un poco, mucho más en el Arcipreste. Es decir, él piensa: "Bueno, ya está la obra escrita, ya me he liberado de ella. Ahí está". Esto se dice; pero no conocemos qué es lo que sucedió después. El Infante don Juan Manuel, por el contrario, dice: "No, no, no. Mi obra tiene que ser siempre lo que yo diga, y ojo con tocarla y con moverla. Por lo tanto, no voy a sufrir después, porque los que quieran leerla tienen que permanecer fieles a lo que yo digo y exijo". Lo importante es la experiencia del Arcipreste. Ahí está la obra, ahí está la creación, este "dios escondido" que tú decías; y viene después el sufrimiento, ver cómo esa obra va creciendo, no va creciendo, cómo se asimila, no se asimila... Esto es muy importante porque significa la prolongación de la vivencia, que vendrá después muy bien para obras posteriores. En conclusión, te lo acepto plenamente. Y así debe ser.

L.- *Abrimos una pequeña pausa y ahora volvemos. (Pausa)*

L.- *Seguimos adelante. Son las 18:57 de la tarde y tenemos tres minutos para llegar al final. Vamos a ver si en un verdadero maratón podemos atar cabos. Miguel Espinosa, no quiero que te quedes con la palabra...*

M.E.- Yo quiero concluir, simplemente, sobre lo que ha dicho Victorino, y aseverar lo que él dice, y confirmarlo, y agregar que *La tríbada falsaria*, una vez publicada, me produce dos clases de sufrimientos inmensos: uno es constatar que se convierte en algo objetivo, que pertenece ya a la gente, al grupo. Ese es un sufrimiento muy gozoso porque yo quiero que la *Tríbada* sea un mito; que los personajes Damiana y Lucía sean mito, que pertenezca al público, a la tribu; porque en mí fueron conciencia, y al hacerlo libro, los convierto en espíritu. Ya pertenece a la tribu. Y otro sufrimiento muy particular es que, como los personajes son reales, he quedado fijado a ellos; como se inspiran en personas vivas, que están haciendo cosas, yo ahora dependo absolutamente de ellos. Me he convertido en dependiente de los personajes, y nada más.

L.- *Gracias, Miguel, por haber estado esta tarde con nosotros.*